

*(Cristina López Schlichting, La Razón, 10 de septiembre de 2008)*

La asociación Derecho a Morir Dignamente se ha apresurado a felicitar al Gobierno después de que el ministro Bernat Soria hablase del suicidio asistido. Dicen los de la AMD que entre la eutanasia y el suicidio hay un paso, y tienen razón. La única diferencia es que la eutanasia es para gente enferma y el suicidio para gente sana. Ambos son propios de sociedades patológicas. Todavía recuerdo las aclaraciones que me hizo Francisco Alonso Fernández, presidente de la Asociación Europea de Psiquiatría Social, sobre el caso Sampedro: «La persona está programada para vivir. El deseo de morir, el impulso tanático, es en sí un síntoma de enfermedad que debe movernos a socorrer al afligido». La gente del estilo de Zapatero le da una vuelta al debate al reivindicar el supuesto «derecho» a fijar el día y la hora de la propia muerte, el «derecho a morir». Vinculan la eutanasia o el suicidio a la libertad: «¿Quién eres tú para juzgar los deseos y las decisiones de otros?», dicen. Pero esta pirueta relativista pretende ocultar algo tan simple como que el hombre es un ser social y que sus deseos de vivir están directamente relacionados con el amor que recibe de los otros. Un ser humano apenas es capaz de vivir en soledad absoluta, por eso el enfermo abandonado empeora rápidamente o el viejo arrinconado alberga deseos de muerte. En realidad, esto de la eutanasia y del suicidio asistido son formas de lavarse las manos como Pilatos y decirle al pobre, al enfermo, al solitario: «Anda y que te den morcilla». Claro que arrimar el hombro es mucho más difícil que lavarse las manos. Gracias a la fórmula mágica de la matanza social no habrá descontentos, ni deprimidos, ni discapacitados: a todos se les facilita un modo limpio de quitarse de enmedio y dejar de dar la lata. El Gobierno facilitará la felicidad social, el final del sufrimiento. ¿Que le molesta su embarazo? Quíteselo ¿Que es una carga para su familia? Libérelos pidiendo la eutanasia ¿Que le cuesta vivir? Suicídese. Qué felicidad.